

## La experiencia del otro

Lic. Diego Yaiche

Los tiempos en los que existía *el otro*  
se han ido.

Byung-Chul Han, "La expulsión de lo distinto".

La llegada a nuestras costas de la tesis de Sara De Carlo nos permite a quienes no conocemos a fondo el camino recorrido por Merleau Ponty, tener una intelección mayor de la significación que tienen algunas afirmaciones de Lacan en el seminario 11, así como la interlocución privilegiada que mantiene con aquel, no sólo cuando explícitamente lo convoca. El respectivo lugar que ocuparían en nuestro campo la experiencia y el discurso aparecen en primer plano. Entre los fundamentos y la iniciación parece debatirse la cuestión. Esta última anudada más o menos a la intersubjetividad, esa que renegada por muchos analistas lacanianos, les vuelve a entrar por la ventana una y otra vez. El papel que le demos a cada uno de ellos parece ubicarnos aquí o allá. "El pensamiento occidental, desde siempre, [como bien nos señala Sara De Carlo] se ha atascado entre dos polos opuestos: por un lado un platonismo que apriorizaba la idea, por el otro un empirismo que la aposteriorizaba".

Esta discusión que parece no tener fin, a la que he hecho mi aporte personal, situando una experiencia muy particular en la vida de Freud, la conocida popularmente como el episodio de la cocaína, acontecer donde su amado *Fleischl* (carne en alemán) terminó encarnando un otro irreflejo, haciendo uso de la terminología pontyana, ubica un punto de contingencia en los inicios del periplo freudiano, que se aleja bastante de la versión académica del encuentro necesario de Freud con sus histéricas.

Entre experiencia y discurso, entre iniciación y fundamentos, he encontrado gracias a la tesis que Isabel García y Ernesto Castagnino han tenido la generosidad de compartir con nosotros, que Merleau Ponty localiza la carne. Esa que hace de la iniciación una experiencia no filosófica sino carnal. Esa que hace del discurso un discurso encarnado. Señalada esta afinidad podríamos marcar una pequeña discordancia, ahí donde él hace del cuerpo propio lo que dimensiona, hemos querido remarcar por nuestra parte una cierta impropiedad de la carne que hace de ese semejante algo prójimo, esa distorsión de la que nos hablará Merleau Ponty en “el ojo y el espíritu”.

Creemos que hoy, cuando parecemos habitar un espacio global que reduce el suelo a tierra desolada, parafraseando a Sara de Carlo, estas cuestiones son aún pertinentes; hoy que voces impersonales nos instan a convertirnos en atletas de las 3 pm, dejando que el sudor de la carne se evapore en una danza desquiciada de superbonos, fondos, Letes y otras yerbas, hoy que la voz superyoica de una buhoconciencia que no duerme nos insta a que hipotequemos nuestra vida en pos de una voracidad desenfrenada, hoy que un famoso neurólogo devenido político nos informa por ejemplo que si un hombre y una mujer se cruzan por la calle y se produce algún tipo de reconocimiento, todo eso tiene lugar dentro del cerebro. Cerebro que ahora también hay que llevarlo al gimnasio o contratarle un personal trainer de Brain Gym, como oferta una especialista en terapias de avanzada. Mens sana in Cerebrum sano. ¿Y el cuerpo?

“Una ontología que silencia a la Naturaleza se cierra en lo incorpóreo”, sentencia Merleau Ponty.

Naturaleza que en Merleau Ponty es aquello que desenmascara “la organización espontánea de una materia que está siempre en vías de darse una forma”. Esta observación de De Carlo nos confronta, como analistas, con todos los

intrínquilis del acceso a disponer de una apariencia, apariencia que no está regida sólo por una relación de semejanza sino que devela un irreflejo puesto a distancia, lugar de donde todo surge y a la vez resto que se interpone. El joven laboratorista de Ernst von Brücke aprehenderá agónicamente esto y se verá llevado brutalmente a repositonar el saber. Saber inconciente, en-sufrimiento.

Naturaleza también es para Merleau Ponty ese abismo de pasado, o de pasada podríamos decir también, anterior a toda reflexión, abismo de corte schellingiano. Abismo que no está en el primer día pero comporta siempre un primer día, su encarnadura hay que encontrarla en el presente. El derrumbe winnicotiano parece figurarlo, ese ya ocurrido pero inmemorable, ese que debe advenir, que debe ser efectivamente experimentado en un presente que en muchos casos es un final, de análisis.

La naturaleza dará lugar al schema, corporal, *Gestalt* del organismo articulado, en cuyo seno un espasmo de esa memoria inmemorable funda lo actual y lo funda en un acto siempre creativo. También aquí los ecos del espacio transicional winnicotiano retornan. Esquema corporal pues sobredeterminado “por un poliformismo fundamental por el cual estoy ya inmediatamente constituido por el otro en un originario sincretismo, en un cierto transitivismo”. Ecos wallonianos de su curso de los años 1949/52 en la Sorbona, pero socavado por un espacio por siempre abierto donde las inflexiones de la mirada harán que una multitud de interlocutores habiten las interrogaciones como señala De Carlo, gorjeo de voces que haciéndose eco a su vez de ese transitivismo nos reenvían a esa utopía vocal, atopía del abismo de la Naturaleza, del que un Michel De Certeau hará el locus obligado de sus glosolalias.

Les propongo ahora, a modo de suspensión no de conclusión, que me acompañen por un momento, siguiendo la recomendación de Merleau-Ponty de

partir del análisis de estados de alteración, de síndromes neurológicos generalmente ignorados, a intentar la determinar aquello que de modo peculiar describe un cuerpo, por no decir un soma.

¿Dónde iremos pues a buscar esos espasmos del cuerpo?

En esos gritos del cuerpo del Síndrome de La Tourette, tics fónicos, vocales, verbo-motrices, gritos de un cuerpo sujeto que resiste tanto a la mentalización como al corpore sano. Insistencia que, habitante de un espacio topológico, sufre cuando quiere ser abordada únicamente desde el espacio euclidiano de la subjetivación. Topología que resiste, grita, al decir de René Thom, y sus gritos se manifiestan en la existencia de puntos críticos, vestigios de una topología a la que se le ha dado muerte.

Por eso es que resulta una buena nueva tomar conocimiento que frente a los intentos de establecer una lengua filosófica que esté bien hecha, no-lagunar por no decir no-lacunar, toda fálica, que se avenga a la lengua de los cálculos (analizadora y combinatoria), intentos que se remontan a las investigaciones de Etienne Bonnot de Condillac, la mirada de Merleau Ponty socavando esa “rigidez psicológica” que ignora cualquier “ambigüedad”, tópico que introduce sus consideraciones sobre las relaciones del niño con los otros en sus cursos de La Sorbona, permite alojar esas deformidades, tales como esos **males de males** conocidos como **Glosolalia** en los que me permitiré incluir la operación coprolálica del Tourette.

Por otra vía el psicoanalista Ernesto Millán señala que de acuerdo a su experiencia clínica los niños alrededor de los siete u ocho años descubren la dimensión de apariencia del discurso lo cual los pone en posición de ironizar a los adultos y que esto coincide con el comienzo de la enfermedad de los tics observado por Gilles de la Tourette. Apariencia que retoma aquello ya observado por Freud y señalado por Lacan, de que hay un momento donde los niños descubren que sus

padres no conocen todos sus pensamientos, acceso, represión mediante, que les permitirá dar el paso hacia la mentira y la simulación.

El célebre problema ontológico abordado también por Merleau Ponty, el “¿por qué hay algo antes que nada?” que retoma Lacan también en el Seminario 11 perderá su universalidad, en tanto y en cuanto no será en cualquier caso, como señala nuestro filósofo, en cualquier situación, que se plantea un problema del otro (autrui). Otro que conmina tempranamente a un saber hacer, bajo el precio de caer en el ridículo, con el hecho que no hay un discurso que no sea de la apariencia, cuestión que da por tierra la falsa antinomia ontológica entre fundamentos e iniciación. En nuestro medio un incauto como Angel Garma tuvo una temprana intuición de eso en sus indagaciones sobre las ornamentaciones.